

¿'Quo vadis', I+D?

Yo diría que, con el otoño, han empezado a amarillear las hojas verdes que le habían nacido, en anteriores primaveras, a nuestro árbol de la I+D. Durante algunos años llegó a parecer que era un árbol de hojas perennes; que, aunque vinieran las nieves del invierno, podría seguir luciendo airoso sus vestidas ramas a los cuatro vientos. Pero ahora vemos que no es así. Sus hojas comienzan a languidecer y quizá muy pronto empiecen a balancearse hacia el suelo para convertirse en las hojas muertas que nos cantaban Prévert y Kosma.

¿Qué le está pasando a la I+D? Mi sensación es que ya no le interesa a casi nadie ajeno a ella. La I+D *ya no vende*. La I+D ya no tiene el gancho que aparentaba hace unos años. La I+D sólo existe para los que viven *de* ella. Dudo, incluso, de que queden ya quienes vivan *para* ella. Tras un periodo de esperanza, un sentimiento de desánimo, de abandono, parece que penetra por los poros de los que se dedican a cultivarla. Los que proporcionaban el agua y los fertilizantes miran hacia otro lado. Serpentea la pregunta de si, incluso, se sabe qué hacer con ella.

Se inició estructurando lo que, de manera bastante gráfica, se denominaba Sistema Ciencia-Tecnología. Pronto se vio que era necesario añadirle una pata más y que pasara a ser el Sistema Ciencia-Tecnología-Industria. Después se transformó en el Sistema Ciencia-Tecnología-Industria-Sociedad. Quizá recientemente hayan surgido más patas. Da igual. El resultado es que este sistema, como todo sistema físico, es demasiado complejo como para poderle manejar con los medios que nuestras estructuras poseen. Y, poco a poco, cada parte inicia un lento despegue de las otras, comienza a mirar hacia otro lado y, casi inconscientemente, retorna a la búsqueda de su propio protagonismo. Los viejos demonios que siempre han pululado por nuestro jardín han vuelto a asomar su cola.

¿Qué queda de nuestras ideas de ayer? ¿A dónde ha ido la voluntad de cultivar la tierra para recolectar mañana? La ciencia no es planta cuyos frutos se vean al día siguiente de su siembra. La tecnología no es árbol que dé sombra con sólo enterrar su semilla. Si se riegan al nacer y luego el agua desaparece, jamás se conseguirá que crezcan. Aunque las lluvias vuelvan al cabo de un cierto tiempo, lo más seguro es que haya que empezar de nuevo, porque lo que nació ya estará muerto. Esa ha sido siempre nuestra historia. Penélope me da la impresión de que no era la reina de Itaca; la historia quizá se equivocó con ella. Penélope debía habitar en algún lugar de la antigua Hesperia y aguardaba la vuelta de Ulises, incansable, tejiendo y destejiendo cambios y reformas en su telar. Sus pretendientes no fueron muertos por éste: simplemente se marcharon aburridos.

Nuestro país es un lugar en el que todo el mundo sabe lo que hay que hacer. Cada español es un manantial de ideas. Pero, al mismo tiempo, para cada español sólo sus ideas son las acertadas. Ha habido veces, contadas veces, en las que igual que en la oscilación láser, las ideas de casi todos resuenan alcanzándose la cohe-

rencia. Mas su tiempo es corto. Muy pronto, cada oscilador vuelve a emitir su propia onda, su emisión espontánea, y ésta nada tiene que ver con la de su vecino. Cuando el bombeo languidece, la emisión se extingue.

Es curioso pensar en lo que cuesta la I+D, en cuánto bombeo es necesario para que se mantenga. La manida expresin del chocolate del loro alcanza aquí su máximo significado. Pero, ¿con qué placer se aplica la podadora cuando se recortan sus gastos! El jardinero que lo hace desconoce lo fácil que es matar lo apenas nacido y lo difícil que es engendrar de nuevo. Habrá cosas muy importantes que la sociedad demande de continuo y a las que habrá que satisfacer. Eso es seguro y hacerlo es parte de sus funciones. Pero lo que este jardinero tampoco puede, en modo alguno, es privar a esta sociedad de la única herencia segura que puede dejar a sus descendientes y que es la existencia de un colectivo que apoye su desarrollo futuro. Ese colectivo es el que se ha alimentado en las fuentes de la ciencia y la tecnología, y también el que ha sido capaz de crear cultura. Nuestro futuro en el *siglo* XXI dependerá de lo que hayamos sido capaces de asentar en estos últimos años del XX. Y las apariencias indican que, más que asentar, lo que estamos haciendo es levantar.

¿A dónde va nuestra I+D? El Cándido de Voltaire acaba su historia indicando que: "Todo..., está muy bien, pero vale más que cultivemos nuestro jardín." Un poco antes, el turco le había señalado que: "Sólo tengo 20 fanegas y las cultivo con mis hijos, de modo que el trabajo nos libera de los tres peores males: el vicio, la pobreza y el aburrimiento." Nuestro jardín empieza a descuidarse y, si seguimos olvidándonos de su importancia, pronto será otra vez un erial. Los que podían cultivarle parece prefieren mirar con mejores ojos a los tres males que proclamaba el turco volteriano. Y todo ello, ¿a dónde nos llevará?

Quizá es que todavía no nos hemos convencido de que la I+D, además de tener que ser realizada en su mayor parte por equipos y no por individuos, tiene también que ser fruto del estímulo conjunto de todos los entornos a los que va a ser destinada. Ampliando la imagen del árbol con la que comenzaba estas líneas, si las raíces deben llevar a las ramas y las hojas del humus de la ciencia para generar tecnología, a través de estas últimas también tiene que entrar la energía del sol y el dióxido de carbono. Si cualquiera de ambos recorridos falta, el árbol se seca. Y también muere, si los tiempos en los que por estos caminos circulan en un sentido energías y en otro fertilizantes, son distintos. Un organismo vivo, como lo es la I+D, requiere de coordinación en todos sus sistemas para crecer. Si esta coordinación falta, aunque cada uno intente funcionar por sí sólo tomando todos los recursos que estén a su alcance, el resultado será algo extraño y ajeno a la realidad. ¿*Quo vadis*, I+D? Procuremos que hacia un objetivo claro y con un pulso acompasado y sin sobresaltos. Todo lo demás es silencio.